

Transexualidad e infancia: cambiando la mirada

Aingeru Mayor

Capítulo del libro

“Transfeminismo o barbarie”

Kaótica Libros, 2020



En la última década se ha producido un avance que podemos considerar histórico en relación a la visibilidad, la comprensión y la aceptación de la transexualidad; muy especialmente, de la transexualidad en la infancia.

Desgraciadamente, ante esta nueva realidad que se está abriendo paso, venimos escuchando discursos desde ideologías y marcos teóricos muy diferentes, tanto desde las derechas como desde algunas izquierdas, en autobuses naranjas sin ventanas y en púlpitos que se proclaman *feministas*, desde posturas conservadoras pero también desde posturas *progres*, modernas e incluso posmodernas... con planteamientos que niegan a estas niñas y niños, a estas mujeres y hombres, la posibilidad de ser quienes son, que niegan su existencia y sus derechos, y les abocan al sufrimiento. Resulta terrible que, en ocasiones, quienes ejercen esta negación sean profesionales y expertos en diversas disciplinas que, curiosamente, sobre esta realidad no tienen conocimiento y, mucho menos, empatía.

Puede haber muchas maneras de hacer frente a quienes hablan desde el desconocimiento, la ignorancia, el miedo o el odio. Una de esas maneras, quizás no la más llamativa pero no por eso menos válida, consiste en estudiar esta realidad y generar conocimiento riguroso que no sólo sirva para comprenderla, sino también para acompañarla, haciendo que estas chicas y chicos, estas mujeres y hombres, vayan teniendo un sitio, su sitio, en nuestra sociedad y puedan vivir sus vidas de manera digna.

Hasta hace muy pocos años la transexualidad infantil, es decir, la existencia de niñas con pene y niños con vulva, no solo era invisible, sino que además era impensable. No se hablaba de ello porque, en realidad, no había siquiera capacidad de pensarlo. Por ello, nadie escuchaba lo que estos niños y niñas expresaban. Es más, se les hacía callar, se les corregía, se les castigaba. Y por supuesto sufrían. Crecían sin poder ser quienes eran, encerrados en el disfraz que se les había impuesto. Aquellas y aquellos que, ya pasada la infancia, no pudieron seguir fingiendo ser quien no eran, sufrieron exclusión y marginación: siendo muy jóvenes se les echó de casa, tuvieron grandes dificultades para encontrar trabajo, se les insultó y agredió... en algunos casos, incluso se les asesinó. En demasiadas ocasiones el sufrimiento fue tal, que el suicidio se convertía en su única escapatoria.

La madre de una niña que ha hecho el tránsito hace unos pocos años cuenta que, aún sin poder comprender lo que su hija expresaba, ante aquella situación que le desbordaba, buscó hasta encontrar a una mujer transexual adulta a la que poder preguntarle: “¿Tú desde cuándo lo sabes? ¿Cómo fue tu infancia?”. Aquella mujer le respondió que lo sabía desde siempre, desde que era muy

pequeñita; le habló de lo difícil que fue crecer escondida, sin poder expresar lo que sentía en su interior; le contó que no pudo ser quien verdaderamente era hasta que no fue adulta. A esta madre le horrorizó pensar que su hija tuviera que pasar por lo mismo, que tuviera que vivir su infancia infeliz, escondiéndose; porque aquello sería como robarle los mejores y más importantes años de su vida; y decidió que no podía permitir aquello para su hija.

Afortunadamente para quienes ahora son niñas y niños, a día de hoy podemos ya pensar esta realidad, comprenderla y, por lo tanto, acompañarla. De hecho, estamos conociendo ya la primera generación de niñas y niños en situación de transexualidad que están pudiendo vivir su infancia con su identidad sexual respetada y aceptada. Y estamos viendo que esas niñas y niños sonríen, juegan, se relacionan, estudian, bailan...

El motor principal de este cambio histórico ha sido, sin lugar a dudas, la creación de las asociaciones de familias que, siendo en su inicio hace 7 años iniciativa de unas pocas familias, han crecido de manera exponencial, agrupando a día de hoy alrededor de dos millares de familias por todo el territorio estatal. La labor que realizan es inmensa: acompañan a las familias, trabajan con las instituciones para conseguir cambios administrativos y legislativos, divulgan conocimiento a través de los medios de comunicación, crean recursos didácticos... Este movimiento de familias ha resultado revolucionario; una revolución guiada por la aceptación y el amor. Su fuerza es arrolladora y la razón de ello la expresan muy bien las palabras de Ares Piñeiro, hombre transexual y activista: “Antes éramos hombres y mujeres luchando por nuestros derechos. Ahora son padres y madres peleando por sus hijos e hijas. Y eso, eso no hay quien lo pare”.

A día de hoy, el conocimiento sobre lo que sucede cuando la identidad sexual no coincide con la esperada, y se acepta y se realiza el tránsito, aún no está en la *academia*. Disponemos de muy poca literatura científica que aborde con rigor los múltiples aspectos de la transexualidad infantil. Es más, en la mayoría de los casos nos encontramos planteamientos prejuiciados e incorrectos, incluso falsedades¹; casi siempre presentando la transexualidad como un trastorno, como una patología. Planteamientos que no hablan de identidad sexual, sino de disforia de género; que no intentan comprender y acompañar los hechos de diversidad, sino que lo que pretenden es diagnosticar y *tratar* lo que ahora denominan incongruencia de género.

Afortunadamente, empieza ya a haber algunas publicaciones, a partir de investigaciones científicas rigurosas, que se acercan a esta realidad con interés de comprenderla. Un ejemplo de ello es la investigación liderada por Kristina Olson², en Estados Unidos y Canadá, con 73 niñas y niños de entre 3 y 12 años que han hecho el tránsito. Este estudio muestra que sus indicadores de calidad de vida son similares a la media, y mucho mejores que los recogidos en otros estudios con menores transexuales que no han realizado el tránsito.

Siguiendo esa senda, en la Universidad del País Vasco hemos llevado a cabo una investigación con menores de entre 3 y 18 años³ que han realizado el tránsito, en la que hemos podido cuantificar la mejora que se da entre antes de realizar el tránsito y después del mismo. Los resultados muestran

1 “Transexualidad en la infancia: desenmascarando la falsedad del 80% de «desistimientos»”. A. Mayor. 2017

2 “Mental Health of Transgender Children Who Are Supported in Their Identities”. 2016. K R. Olson, L. Durwood, M. DeMeules and K. A. McLaughlin. Pediatrics.

3 “La importancia del tránsito en el desarrollo psicosocial de menores transexuales. Mirada y visión desde la propia vivencia, la familia y la escuela”. A. Martxueta, A. Mayor, E. Cepa, J. Etxeberria y J. Pizarro. 2020. UPV-EHU. En el estudio han participado 229 madres y padres, 49 tutoras y tutores y 57 adolescentes, de todo el estado español.

que llevar a cabo el proceso de tránsito tiene efectos psicosociales muy positivos: repercute de forma positiva tanto en su salud mental, como en sus relaciones familiares y sociales; disminuyen tanto los síntomas depresivos y de ansiedad, como el retraimiento; mejora su autoestima, la seguridad que tienen en sí y también la aceptación de su propio cuerpo; resulta especialmente relevante la disminución en el número de menores que intentan autolesionarse o suicidarse.

Si queremos conocer en profundidad qué sucede en estos hogares, más allá de los datos numéricos que nos aportan las investigaciones cuantitativas, va a ser necesario escuchar qué cuentan estas familias, recopilar sus testimonios y analizarlos. Esto es lo que hemos hecho en un proyecto cuyo fruto es el libro “Tránsitos”⁴, en el que se han recogido 25 relatos escritos por madres y padres de menores que han hecho el tránsito, narrando con detalle todo su proceso biográfico, desde el nacimiento hasta la actualidad.

En las siguientes líneas vamos a desarrollar algunas cuestiones relevantes que se pueden extraer del análisis de los testimonios aportados por las familias de menores en situación de transexualidad, y que posibilitan comenzar a construir un conocimiento estructurado de esta realidad.

Hay niñas y niños que desde edades muy tempranas, incluso antes de los tres años, empiezan a dar pistas de que su identidad sexual no es la que se predijo en su nacimiento. Estos primeros indicios suelen estar relacionados con sus comportamientos, gustos y maneras (a la hora de vestir y de peinarse, de elegir juegos, juguetes, disfraces, de identificarse con personajes, etc.). Pero estos indicios, por sí solos, no implican una supuesta transexualidad; el único indicador inequívoco que señala que nuestra suposición en relación al sexo fue errónea es que la niña o el niño así nos lo diga: que, antes o después, con mayor o menor claridad, exprese a través de la palabra su identidad sexual en primera persona del singular: “yo soy”.

Ser chico, o ser chica, tiene que ver con la autopercepción que cada quien tiene de sí. No es tanto una cuestión de sentirse (“me siento niño”, “me siento niña”), sino más bien de saberse (“me sé niño”, “me sé niña”). Sobre esa autopercepción, y en diálogo con la mirada de los demás y con el contexto social, se va construyendo la identidad sexual (es decir, la particular manera de ser el chico o la chica que yo soy). La identidad sexual tiene que ver con procesos cognitivos y, obviamente, no se encuentra en los genitales; es importante que vayamos diferenciando ya que una cosa es lo que se tiene y otra lo que se es.

Ser niña o niño no es una cuestión de voluntad: no se elige ni decide. No es “lo que quiero ser”, sino “lo que soy”. En todo caso, lo que estos niños y niñas quieren es que los demás les vean, que les vean como la niña o el niño que en realidad son. No es “quiero ser niño”, sino “quiero que los demás acepten que lo soy”.

La educación y la crianza influyen, sin ninguna duda, en la peculiar manera de ser niño o niña; las imposiciones de género nos condicionan y lo hacen de manera brutal. Pero alguien no es niña o niño porque se le haya educado para que lo sea. Esto lo han podido comprobar, con absoluta claridad, las familias de menores transexuales porque, en sus hogares, les criaron y educaron según el sexo que se les suponía, les *construyeron* como el niño o la niña que pensaban que era; pero la fuerza arrolladora de su saberse niña o niño, desbordando esas imposiciones, demuestra que la construcción social no es la razón de que alguien sea niña o niño. Algo que quedó demostrado hace

⁴ “Tránsitos. Comprender la transexualidad infantil y juvenil a través de los relatos de madres y padres”. A. Mayor. Ed. Bellaterra. 2020.

ya muchos años (contrariamente a lo que se pretendía) con el trágico experimento que John Money realizó con Bruce/Brenda/David Reimer⁵.

En todos los testimonios de estas familias se observa que la no aceptación de la identidad sexual genera malestar en estas chicas y chicos; muy frecuentemente, un profundo malestar. Sufrimiento que se expresa en forma de tristeza, ansiedad, depresión, infelicidad, angustia... Es común el deseo de morir y suelen darse, incluso, ideas, planes o comportamientos suicidas.

Justamente el deseo de mitigar ese malestar suele ser la razón por la que madres y padres empiezan a dar pequeños pasos hacia la aceptación (con la ropa, el peinado, los disfraces, los juguetes...). Ante estas primeras concesiones, que suelen darse primero solo en el hogar y en determinados momentos, estas chicas y chicos expresan alegría. Pero dichas concesiones enseguida se les quedan pequeñas: ellas y ellos demandan que sea todo el tiempo y en todos los ámbitos de su vida.

Además, aunque se les dé la posibilidad de jugar o de vestirse de la manera que desean, esto no les resulta suficiente. Necesitan algo más: necesitan que desde fuera les vean, y les reconozcan, como el niño o la niña que son. Necesitan ser vistos, ser vistas. Necesitan poder ser, ante el mundo, quienes realmente son. Necesitan ser.

Se llama tránsito al proceso por el que pasan a vivir de acuerdo a su sexo en todos los ámbitos de su vida y que conlleva: usar el género gramatical acorde a su sexo; en la mayoría de los casos, aunque no siempre, elegir un nuevo nombre; cambio de *look* (ropa, complementos, corte de pelo...); en donde hay instalaciones segregadas por sexo (aseos, vestuarios...) poder usar las correspondientes a su sexo... Es importante caer en la cuenta de que el tránsito no es tanto algo que realiza la chica o el chico en cuestión, sino que principalmente lo hacen los demás; y se trata, sobre todo, de un tránsito en la mirada, en la percepción que tienen los demás. En realidad, no cambia “lo mirado” sino que cambia “la mirada”. Donde antes se veía a un chico, se trata ahora de ver a una chica; donde antes se veía a una chica, se trata de ver a un chico, ver a ese chico que antes no era visto.

Todos los testimonios recogidos subrayan que el tránsito produce una gran mejoría: dejan de llorar y de estar tristes; se terminan las batallas, las rabietas, los enfados, la ansiedad, la agresividad, los dolores... Pero no solo desaparece el sufrimiento y el malestar, sino que, además, emerge el bienestar, la alegría, la esperanza... y la felicidad.

Hay quienes, sin conocer de lo que hablan, afirman que son las madres y los padres quienes impulsan y animan a realizar esos tránsitos. Sin embargo, los testimonios lo que reflejan es que, desde que empiezan a observarse los primeros indicios hasta que comienza a darse una incipiente comprensión, pasan largos periodos de tiempo en los que, con mayor o menor intensidad, madres y padres (por desconocimiento, por miedo, por inseguridad... o porque así se lo aconsejan) niegan, reprimen y tratan de corregir la identidad sexual que sus hijas e hijos expresan. De manera sistemática y recurrente, sin excepciones y sin descanso; en algunos casos, incluso con violencia.

Hay un hecho que se repite en muchas de estas historias: cuando expresan su identidad sexual (diciendo “soy un chico” o “soy una chica”) se les corrige y se les niega. Entonces suelen ir dejando de decir claramente “soy”, y empiezan a decir “quiero ser”. Van así perdiendo la capacidad de expresar ante los demás su identidad.

5 “David Reimer: el Tiresias contemporáneo”. Joserra Landa. 2020.

A veces, madres y padres sienten (y en muchos casos se les recomienda) que es mejor *esperar* y no hacer nada. Sin darse cuenta que *no hacer nada* es ya *hacer algo*: es posponer, obstaculizar, impedir... Y mientras pasa el tiempo de *espera*, se incrementa el tiempo de sufrimiento de sus hijas e hijos. Curiosamente el miedo al sufrimiento que presuponen se dará cuando sean adultos lleva a no querer (o no poder) aceptar la identidad sexual que se está expresando; y por el miedo al sufrimiento en el futuro, se propicia sufrimiento en el presente.

Hay quienes, con la mejor intención, plantean que el problema de estas chicas y chicos se solucionaría si se les tratase como personas; como si el sexo no existiera. Pero ellos y ellas no pretenden eso; ni es eso lo que necesitan. En absoluto quieren *ser personas* (porque el reconocimiento como personas ya lo tienen); estas niñas y niños solo pretenden ser reconocidas y aceptadas como la niña o el niño que son (porque eso es lo que se les niega).

Algo fundamental en el acompañamiento de cualquier niña o niño va a ser que se le abran todas las posibilidades de ser, que tengan muchos y variados referentes. Que sepan que, por ejemplo, se puede ser niña y que te guste jugar al balón, o ponerte pantalones, o llevar el pelo corto... que se puede ser niño y que te gusten las princesas, o pintarte las uñas, o llevar diadema... Que no hay una manera de ser niña y una manera de ser niño. Que cada niña es niña a su manera y cada niño es niño a su manera. Que si bien la mayoría de las niñas tienen vulva y la mayoría de los niños tienen pene, también hay niñas con pene y niños con vulva. Que también hay niñas y niños cuyos genitales no se parecen ni a un pene ni a una vulva, o que se parecen a ambos; que hay incluso quienes no tienen genitales. Que hay también quien no se siente ni niña ni niño...⁶

Acompañar significa poner las condiciones para que puedan caminar, quitando obstáculos, dando recursos y abriendo posibilidades. Sin decirles por dónde tienen que ir (porque sólo uno mismo, o una misma, puede saberlo). Caminando a su lado, justo un paso por detrás, con la mano tendida y el abrazo siempre dispuesto. Sin frenar y sin empujar. Regalándoles la libertad de poder ir eligiendo, de entre todos los caminos posibles, su propio camino y su propio ritmo. Acompañar respetando sus procesos, por supuesto, no significa *no hacer*; porque, para que puedan acceder a todos los caminos posibles, vamos a tener que hacer mucho y muy activamente.

Una cuestión crucial en las vidas de estas chicas y chicos es la vivencia del propio cuerpo y, específicamente, de los genitales. Conocemos niñas y niños que tienen una muy mala vivencia de sus genitales, y puede que ello esté relacionado con la recurrente negación de su identidad en razón de sus genitales, pues desde su más tierna infancia se les ha dicho que ese es el gran obstáculo: “no puedes ser chica porque tienes pene”. Si alguien no puede ser quien es por tener lo que tiene, es probable que no quiera tener lo que tiene para así poder ser quien es.

Pero estamos ya observando una nueva realidad hasta ahora desconocida: niñas y niños a quienes se les ha aceptado su identidad desde edades tempranas, a quienes no se les han contrapuesto sus genitales con su identidad, y que además han podido saber que “hay niñas con pene y niños con vulva”. En su caso, se observa que están viviendo sus genitales con bastante más tranquilidad y armonía; en algunos casos, incluso con una absoluta aceptación. De hecho, hay quienes comparten su desnudez infantil con sus amigos y amigas, en las duchas, en la piscina, en la playa... Un

⁶ Para poder llevar a cabo una educación infantil que ponga en valor los hechos de diversidad sexual, van a resultar imprescindibles herramientas y recursos didácticos como el libro “Niñas y niños” (A. Mayor y S. Monteagudo, Ed. Litera, 2016) o el proyecto de educación sexual básica www.niñasyniños.com

elemento fundamental en todo ello parece ser el hecho de que madres y padres les transmitan que su cuerpo es bello y cuán importante es sentir, cuidar, amar, aceptar y disfrutar el propio cuerpo.

Estas son algunas de las cosas que ya estamos empezando a *saber* sobre la transexualidad en la infancia. Y siendo conscientes que es mucho más lo que nos queda aún para conocer, podemos afirmar que, en relación a la comprensión y el acompañamiento de la transexualidad infantil, nos encontramos en un nuevo tiempo. Un nuevo tiempo en el que, gracias a que estamos siendo capaces de cambiar nuestra mirada, se está logrando pasar de la negación de la identidad sexual expresada a la aceptación y el cultivo de la misma; de la exclusión a la inclusión; del sufrimiento al bienestar; de la tristeza a la alegría...

Ojalá nuestra sociedad siga caminando hacia ese futuro en el que estas niñas y estos niños puedan ser quienes son. Haremos todo lo que esté en nuestras manos para que así sea. Y si los discursos que niegan esta realidad presentan batalla, que nuestras mejores armas sean el conocimiento y el amor.